

# “COMPETENCIA E INCOMPETENCIA: CONSECUENCIAS PARA LA SALUD FAMILIAR”

Gabriel Dávalos Picazo

“Hablar de familia competente es una manera de devolver a la familia su competencia en lugar de considerar sus defectos” (Ausloos, 1998).

En los albores del siglo XXI contemplamos, con admiración, un sinnúmero de profesionales competentes, empresas competentes, instituciones competentes, etc.; sin embargo, ¿podemos hablar hoy, con la misma admiración, de familias competentes? ¿Goza la familia española de un alto nivel de competencia?

Muchas personas podrían fundamentar una respuesta afirmativa tomando como referencia, por ejemplo, indicadores económicos; otras, probablemente presentarían una larga lista de políticas familiares; tal vez haya alguien que presente como indicador la enorme oferta de actividades extraescolares para hijos en edad escolar; por extraño que pudiera resultar, unos pocos podrían justificar su respuesta mostrando las fotos de los rincones exóticos que han visitado; y, nos atrevemos a aventurar que, tal vez encontraríamos argumentos como “por las copas de liga que hemos levantado”.

Indudablemente en nuestro país hay padres competentes, hijos competentes y familias cuyo funcionamiento revela un alto nivel de respeto entre los miembros que la componen, una capacidad para resolver los conflictos de forma satisfactoria, un fuerte sentido de individuación con límites claros y una excelente comunicación. Sin embargo, ¿qué respuesta podemos dar ante la violencia de género, el fracaso escolar o las nuevas adicciones? ¿Qué se esconde detrás de aquellos padres que discuten continuamente por el control de los hijos culpándose mutuamente de los problemas acaecidos en el entorno familiar? ¿Qué lleva a muchos adolescentes, sujetos en búsqueda de su diferenciación, a emplear la ira en respuesta a sus restricciones?

Con frecuencia escuchamos frases como “*No se estudia para ser padres*”, “*Nadie nos enseña a ser padres*”, “*No quiero hacer con mis hijos aquello que mis padres hicieron conmigo*”, etc. Resulta difícil asumir la falacia de dichos planteamiento porque arrastran a la más profunda indefensión que deposita la responsabilidad de ser padres en las impredecibles manos del tiempo. Una apuesta muy arriesgada porque la educación y la salud de los hijos no se improvisa.

La paternidad, como afirman Beavers y Hampson (1995), es un proceso interpersonal intuitivo que se desarrolla a partir de la experiencia, de una relación de trabajo con el propio cónyuge —si está presente o participa— y de la propia familia de origen. Compartimos la opinión de estos autores al considerar que, para la mayoría de los padres, las dificultades del proceso parental no provienen de una malicia deliberada, sino de la frustración, la falta de experiencia o la falta de conocimientos.

Este artículo tiene como propósito reflexionar sobre la competencia familiar y sus implicaciones para la salud familiar. Para conseguir nuestro objetivo, abordamos el concepto “competencia familiar”, describimos algunas características de las familias con alto o bajo nivel de competencia familiar, enumeramos varios estudios sobre competencia familiar y, por último, presentamos unas consideraciones finales de cara a co-construir la competencia familiar.

## 1. El concepto “competencia familiar”

La competencia familiar indica en qué medida la familia realiza bien sus funciones necesarias: dando apoyo y sustento, estableciendo límites generacionales y liderazgo eficaces, potenciando la separación y la autonomía evolutiva de los hijos, negociando los conflictos y comunicándose de forma eficaz (Beavers y Hampson, 1995). Investigaciones previas han demostrado que la competencia en pequeñas tareas está íntimamente correlacionada con la competencia en responsabilidades familiares mayores, como criar a los hijos (Lewis, et al., 1976). Las familias competentes son capaces de equilibrar y cambiar sus estilos de funcionamiento según se producen cambios evolutivos.

La competencia familiar, que va desde el funcionamiento familiar sano hasta el gravemente disfuncional, se ve en un continuo progresivo y no en tipologías categóricas, esto nos permite asumir la existencia de un potencial de crecimiento y adaptación en todas las familias.

Para Beavers y Hampson (1995), la competencia depende de la negociación que supone la definición de los roles y no la definición de los mismos y requiere habilidades personales así como un clima de flexibilidad ante el cambio. Por tanto, una familia tradicional puede ser muy eficaz o terriblemente inapropiada, una pareja de profesionales con hijos puede ser extremadamente eficaz y sustentadora o miserablemente disfuncional.

Para profundizar en el tema que nos ocupa, analizamos cuatro cualidades del sistema familiar, a saber: estructurales, comunicativas, afectivas y efectivas.

## 2. Cualidades estructurales

Como afirma Cagigal, V. (2005), la evolución de la sociedad en los últimos treinta años ha traído consigo una ruptura con los estilos educativos. Del estilo autoritario precedente, caracterizado por elevado control, altas expectativas sobre los hijos, baja comunicación y pobre expresión afectiva, se ha pasado a estilos permisivo y negligente. El estilo permisivo se caracteriza por el bajo control de los hijos, bajas expectativas sobre los mismos, alta comunicación entre padres e hijos y rica expresión afectiva; por su parte, el estilo negligente

se distingue por el bajo control, bajas expectativas, poca comunicación y pobre expresión afectiva hacia los hijos.

Cagigal, V. (2005), añade que el estilo educativo que se ha dado en llamar democrático, que se caracteriza por elevado control sobre los hijos, elevadas expectativas, mucha comunicación y mucha expresión afectiva, es apenas puesto en práctica por muchas de las familias actualmente a pesar que las investigaciones lo señalan como el estilo que más ayuda al desarrollo de la responsabilidad y el bienestar afectivo de los hijos (Baumrind, 1991).

En palabras de Aza, G. (2003), hoy día es fácil encontrarse con padres con un escrúpulo frente al uso de la autoridad y un rechazo histérico al conflicto de los hijos, lo que lleva a modelos pedagógicos permisivos y/o sobreprotectores. Cuando se educa a los hijos desde la permisividad se usan pocos castigos, se realizan pocas demandas al niño y se le permite regular sus propias actividades. Cuando se educa desde la sobreprotección se observa el ansia por determinar que “mi niño salga bien” y una continua obsesión por el “cómo no traumatizar a mi hijo”. En ambos modelos nos encontramos con familias en las que la culpabilidad por el fracaso o el conflicto —que es entendido como fracaso— rige cada vez más los destinos de unas personas progresivamente desentrenados para perdonar y reconciliarse.

Si atendemos a *cualidades estructurales*, las familias con un nivel alto de competencia se distinguen porque el liderazgo es compartido entre los padres, por la flexibilidad y adaptabilidad para dar respuestas nuevas a situaciones nuevas, por la capacidad de negociación flexible y dirección competente. Los límites generacionales son claros y consistentes. Los padres se respetan mutuamente y suelen presentar una postura unificada de apoyo. Los desacuerdos se suelen mantener dentro de la pareja, sin solicitar el apoyo o la lealtad de los hijos. Los miembros de la familia dedican menos tiempo a defender abiertamente sus posturas y son más espontáneos; cada miembro es aceptado como único y completo (Beavers y Hampson, 1995).

Por su parte, las familias con más bajo nivel de competencia presentan un alto grado de entropía (declive del sistema) y niveles bajos de liderazgo eficaz. Olson, D. (1984) ha llamado a estas familias “osciladores caóticos” porque pueden vacilar entre el caos y los intentos de control rígido. Uno de los de los padres, o los dos, han entrado en una coalición recíproca con un niño, del que se solicita apoyo, consejo y a menudo sustento. Este cruce de límites generacionales puede adoptar la forma de luchas manifiestas de toma de partido o captación de peones entre los cónyuges o puede adoptar una forma más encubierta de búsqueda de amor sustitutorio, dependiendo del estilo de la familia. Los miembros de las familias suelen violar los límites de los demás, a menudo en formas inapropiadas para la edad o la generación (Beavers y Hampson, 1995. Pág. 41).

### 3. Cualidades comunicativas

Resulta paradójico, o por lo menos sorprendente, que en la era de la comunicación seamos incapaces de comunicar. La incapacidad a la que nos referimos no se atribuye al acto de comunicar en sí mismo, porque siempre estamos comunicando, sino a la enorme dificultad para desarrollar una comunicación eficaz; dificultad muchas veces atribuida al otro, a nosotros, al contexto... al pretexto (Dávalos, 2004). Muchas veces hacemos del lenguaje un muro impenetrable que nos impide conocer al otro (Lacan, 1988).